MEMORIAL

Consejos espirituales

El Memorial es una colección de textos, donde Juan María de la Mennais expresa sus pensamientos, sentimientos y enseñanzas sobre la vida cristiana.
El centro de su espiritualidad es la búsqueda de la voluntad de Dios, especialmente en momentos de dificultad o prueba. Por eso acentúa mucho el tema de la cruz, de la confianza absoluta en las manos divinas, de la humildad.
Juan María iba anotando ideas que se le venían a la cabeza, seguramente para usarlas en sermones sucesivos. Muchas anotaciones son sobre hechos, personas, opiniones del momento. También como era común en la época, trae muchas referencias en latín. Son muchas páginas escritas a lo largo de varios años.
Aquí presentamos algunas de esas reflexiones, que nos pueden servir como consejos espirituales para nuestra propia vida personal:

Los principios de la conversión son siempre rudos: Uno no rompe consigo mismo sin que ello cueste: La verdad, al entrar en el corazón, primero echa la duda, lo trastorna, y sólo cuando ella se ha adueñado de todos los pensamientos, sólo cuando ha penetrado y cuando reina en el fondo del alma, sólo entonces, la paz de Dios viene a habitar con ella.

Los consuelos que se experimentan haciendo el bien son los caramelos del buen Dios. Creo que se pueden comer con confianza, gustarlos, saborearlos, con tal de no olvidar la mano que los da. ¡Qué bondadoso es Aquél que los da!

Si se entiende bien, cada falta que se comete es una razón de más para confiar en Dios. Ya que eres débil ¿crees que Él te abandonará? Ya que eres pobre ¿crees que rehusará concederte la gracia de la que sabe que tienes tanta necesidad?

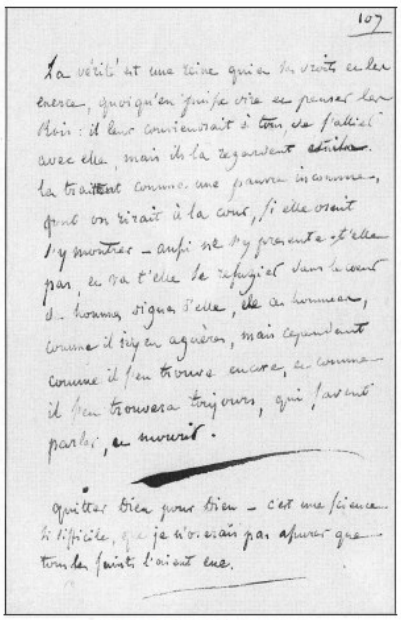
La sencillez, el abandono, eso es lo que me gusta, lo que me encanta; uno se encuentra cómodo, desde el primer momento, con un hombre que habla desde el corazón y le abre el suyo; ambos se entienden, no son más que uno: Eso es delicioso.

¿Para qué sirve reunirse si no se vive unidos?

Nuestra razón debe ser muy débil, ya que por sí sola no puede poner en nuestro corazón la convicción de nuestra nada.

Confiar en la misericordia es una razón más para obtener misericordia. Dios es tan bueno que se digna agradecernos el que descansemos en su infinita bondad: Le gusta vernos dormir tranquilos en su seno; nuestra paz es su gloria. Este pensamiento es muy consolador y el corazón cristiano que lo medita queda extasiado con él. Sin embargo, esta confianza amorosa no debe impedirnos hacer continuos esfuerzos para adquirir las virtudes que nos faltan.

Mantenerse siempre en una entera dependencia del espíritu de Dios y no entristecerlo nunca: Estar atentos para conocer lo que pide de nosotros; consultarlo a menudo, y cuando no estemos seguros del partido que debemos tomar, rogarle con ardor nuevo que ilumine nuestro corazón.



Une page du Mémorial (photo : Graphicenter).

Cuando el alma está reseca y cuando la tristeza la oprime, ir al Huerto de los Olivos, ponerse de rodillas al lado de Jesucristo: tomar el cáliz que nos ofrece y decir: Padre mío, que no se haga mi voluntad sino la tuya.

No extrañarse ni turbarse por nuestras faltas. La turbación debilita el alma, y ¿no tiene necesidad esta pobre alma de todas sus fuerzas para resistir a los enemigos que tiene en sí misma, y que sin cesar la atacan en el fondo más íntimo? Vive de confianza y de amor, y la alegría es para ella un tesoro inagotable de santidad.

Tener mucho cuidado en no perder esta libertad de espíritu, esta amable y dulce libertad de los hijos de Dios sin la que no se puede hacer ningún bien. Para conservarla es necesario unirse estrechamente a Dios, caminar en su presencia con un corazón en el que reina la paz.

Ser fieles en las cosas más pequeñas, pero sin angustia y sin escrúpulo: no temer ser molestados en nuestras ocupaciones, en nuestros estudios, en las mismas oraciones; dejarlas y volverlas a tomar con espíritu sereno y siempre contentos; en el momento en que estamos en el orden de la providencia ¿qué más queremos?

No precipitarse nunca en los asuntos que tengamos: no querer que vayan tan deprisa como nuestros pensamientos; combatir los obstáculos a sangre fría, sin desanimarse ni irritarse. Si acertamos, bendecir al Señor; si no acertamos, bendecirlo también y de todo corazón: Dios lo quiere; esa palabra lo dice todo.

Evitar con sumo cuidado, en nuestras relaciones con los hombres, toda forma de extravagancia. Tener cuidado de no asustarlos con un porte exterior demasiado severo, hablar dulcemente; tratar con miramiento sus debilidades; casi iba a decir, respetar sus defectos; nunca sabríamos tomar demasiadas precauciones para no acabar de romper la caña ya quebrada, para no apagar la mecha que aún humea.

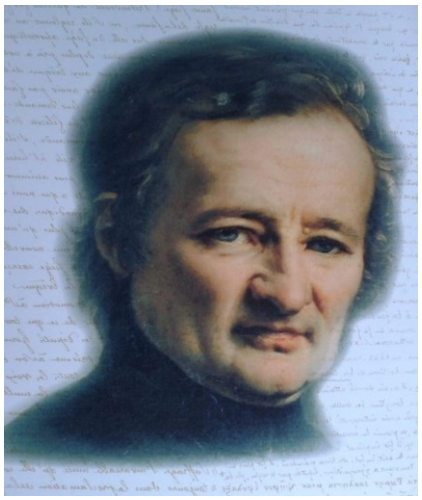
A menudo pensar en Dios al conversar con los hombres; recogerse para orar en lo secreto, pero sin violencia, sin penosos esfuerzos, con una gran sencillez de amor.

Escuchar a Dios en la meditación; abrir los oídos del corazón para recibir su palabra santa: alimentarse con ese maná de suavidad, sin perder nada de él; gustarlo, saborearlo con delicia.

Exponer nuestras miserias y nuestras necesidades a nuestro Padre que está en los cielos con humilde confianza. Al rezar no hacer esfuerzos violentos para elevarnos a altas consideraciones: Cuando Él nos llama y nos atrae, seguir el atractivo de su gracia, acudir a Él con la sencillez de un niño pequeñito que se deja llevar de la mano.

Permanecer contentos en la noche oscura de la fe: no tratar de prever todo ni prevenir todo: Hacer lo que se puede y lo que se debe; felicitarse de no encontrar ningún apoyo humano y luego dormirse dulcemente en el seno de nuestro Señor Jesús.

No comenzar nada por vanidad y no detenerse nunca, ya que la vanidad viene a quitarnos el mérito del poco bien que queremos hacer: Dios está siempre cerca de los que trabajan por su gloria, combate con nosotros cuando nosotros combatimos por El.



Me gustan los hombres que tienen un corazón que les hace perder la memoria. Es horrible no olvidar nada.

El hombre más juicioso sería aquel que alimentara su mente con un solo pensamiento: ¡Dios solo! Pero solamente el corazón cristiano comprende esta palabra ¡Dios solo!

¡Ojalá no pongas en el fondo de tu alma más que la paz de Dios y la esperanza de su reino! ¡Ojalá te despegues de la nada para unirte al todo!